

# Sergio Pitól o La metamorfosis del costumbrismo

Adolfo Castañón

¿Qué fuerza tiene mayor poder sobre nosotros, la pasión o la costumbre? ¿Acaso todos nuestros impulsos, todo el torbellino de nuestros deseos y ardientes pasiones no son sino producto de nuestra edad juvenil y por ello parecen profundos y arrolladores? Sea como sea, en este momento me parecían infantiles todas nuestras pasiones comparadas con esta larga, paulatina y casi insensible costumbre.

N.V. Gogol: "Terratenientes de antaño"

Sergio Pitól (1933) es autor de una ciudad literaria compuesta por cuatro novelas, varios libros de cuentos, innumerables traducciones de autores como Conrad, Austen, Gombrowicz, Pilniak, James Firbank y algunos libros de ensayos entre los que destacan los que ha dedicado a la literatura rusa incluidos en la *Casa de la tribu*. Esa ciudad literaria desde luego se caracteriza por la unidad que recorre el conjunto, pero se singulariza sobre todo por su carácter abismal, por la red de pasadizos y alusiones secretas que van de las traducciones a las novelas y de éstas a aquéllas, por la sinuosa sintaxis que ordena un juego de reflejos y de reescrituras entre las diversas ficciones y sus personajes. Esa ciudad literaria se parece a una ciudad, evocada por sus ficciones: Estambul, la antigua y misteriosa Constantinopla. Se parece, por ejemplo, en cómo contiene en un juego de cajas chinas o de muñecas rusas otras ciudades que no son apreciables a primera vista y que sólo abren sus puertas al viajero experimentado que sabe, de noche, buscar la ciudadela prohibida de las cortesanas literalmente oculta o que conoce y practica, de día, los pasillos que le permiten acceder dentro de la Mezquita Azul a la ciudad secreta del harén o las calles que lo conducirán al baño turco donde se esconde entre el vapor una plazoleta con fuentes y aljibes y donde las carnes son reanimadas con vigorosos y casi fulminantes masajes del mismo modo que la sátira azota los cuerpos de los personajes. Se parece, por ejemplo, en la arquitectura y la disposición del bazar cuyas tiendas, como los cuentos y novelas, corren una y otra cortina para entregarnos, por fin, un objeto secreto que ya había sido anunciado en la vitrina desde el principio o bien la narración se parece a esas estancias donde fluye un hilo de agua que distorsiona la voz de los que hablan ahí y les impide ser espiados desde fuera, del mismo modo que el sordo e incansable rumor de la creación al cual están atentos el autor y el lector les permite no ser espiados por los guardianes del orden y del mercado. La ciudad literaria de Sergio Pitól se parece, por último, en dos aspectos más a la venerable

Estambul: al igual que esta ciudad está construida como una bisagra entre Europa y Asia, la narrativa de Pitól participa de dos sabidurías narrativas, la de la tradición inglesa e italiana, por un lado, y por el otro la de la tradición austriaca y eslava y, al igual que la capital de Constantinopla está construida en cierto modo alrededor de un templo dedicado a la sabiduría, Hagia Sophia, la literatura escrita por Sergio Pitól está marcada en todas y cada una de sus páginas por la verdad trágica que impone en un espíritu sensible la experiencia estética.

Obra narrativa impregnada de sabiduría literaria y humana, obra a la vez abierta y secreta, hondamente personal y al mismo tiempo capaz de iluminar como un relámpago—uno de esos relámpagos que prestan el destello de una tensa puntuación a algunas de sus narraciones—la vida de México; obra, en fin, donde el viaje externo y el viaje interno, el viaje en el espacio y el viaje en el tiempo establecen una reciprocidad singular y dan a los movimientos del peregrino una resonancia moral. Quisiera insistir en esta palabra pues el ominoso arcoiris que despliegan los asuntos tratados por la ficción de Pitól presupone una honestidad y una valentía poco comunes. El fracaso, la mezquindad, la cursilería, la banalidad vivida como una pesadilla, la melancólica anatomía de esa segunda naturaleza monstruosa, configurada por las costumbres y los ritos, la decepción y el desencuentro, la desesperanza, el extravío, la muerte y la incomunicación parecen ser la materia prima de una fabulación que se eleva por encima de ellas. Pongamos, por ejemplo, *Domar a la divina garza* (1988), una de sus últimas novelas y, para mi gusto, una de las más ambiciosas junto con el *El tañido de una flauta*. Mediante un procedimiento en apariencia convencional—escribir una novela cuyo asunto sea la escritura de esa misma novela—Sergio Pitól logra fraguar una compleja atmósfera en donde la exactitud de la descripción, la rigurosa manipulación de una materia aparente, inocentemente costumbrista da un salto y transfigura, corta, incisiva e irónica las siluetas de los personajes haciendo de ellos al mismo tiempo personas y máscaras, presencias y fantasmagorías, individuos y personajes emblemáticos de una singularísima y delirante *comedia del arte* que alterna, en palimpsesto y pentimento, la tradición y la innovación individual. Esa sabiduría de la intermitencia que Barthes reconoce como uno de los signos de la verdadera creación literaria al leer la obra de Pierre Jean Jouve (por cierto, otro enamorado de *Don Giovanni*, otro artesano de El único argumento) le permite a Pitól pasar con una velocidad despiadada o endiablada del guiñol a la tragedia y hace funcionar a la narración a veces como espejo, a veces como vidrio de aumento auspiciando el establecimiento de un juego donde la realidad se transfigura en un carnaval y la sátira se multiplica y desdobra, ubica, subyacente y manifiesta, hasta desencadenar la narración como una Fiesta, es decir como

• Este texto forma parte de *Arbitrario*, libro que próximamente publicará Editorial Vuelta.

espacio para el sacrificio. Desde luego este peligroso juego de puntos de vista que se alternan dentro y fuera de los personajes cuyas voces suben y bajan de tono, se estreman y modulan, con una técnica que debe no poco a la ópera (recordemos por ejemplo al Rossini de *Un italiano en Argelia*) influye en el dibujo de los personajes que se vuelven tan pronto odiosos y tan pronto adorables y no deja de tener efectos secundarios en el paisaje que los rodea, en el orden social. Porque en última instancia estas "fantasiosas parodias de la vida cotidiana", imantadas por un elemento sonambúlico alucinado" y guiadas por un muy mediterráneo "gusto por la desmesura" resultan en última instancia un espejo apenas fiel de la excéntrica, esperpéntica y absurda vida mexicana. En las ficciones de Pitol la excentricidad privada y la pública se acompañan y corresponden a lo largo de una sátira que escarnea y desnuda, cubre de oprobio, caga, a los personajes y a su paisaje. La singularidad de este arte —que incluye el arte de la injuria pero que no se agota en él— estriba entre otras cosas en que en Sergio Pitol la novela lírica sobre el arte y el artista, el *hunstroman* pasa con elegancia imperceptible de la idealización a la picaresca, del tono elegíaco al color grotesco sin ruptura, con una gran destreza de la mano izquierda. Así la novela del arte se transforma en la sátira del artista y de su mundo. Desde luego, todas estas operaciones serían imposibles sin una interiorización fervorosa y radical primero de la religión del arte y, luego, de la crítica y aun de la blasfemia de esos valores, del conocimiento del efecto corrosivo que tiene en ciertos individuos el amor al arte. *Little learning is a dangerous thing*, dice el proverbio inglés. Pitol nos hace comprender que una pobre experiencia estética —por ejemplo la de un cretino— puede conducir a la

abominación. Ésta es una de las razones por las cuales la obra de Pitol despierta tanto interés dentro y más allá de nuestras fronteras ya que obras como *El tañido de una flauta o Domar a la divina garza* permiten razonar aquella inquietud tenaz que se interroga, por ejemplo en la voz de George Steiner, ¿cómo es posible que la misma persona pueda en la mañana oír a Brahms y en la tarde abrir la llave de paso de un horno crematorio o, entre nosotros, escribir novelas de denuncia social y ser al mismo tiempo abogado del autoritarismo. Sin embargo, todo este proceso de dibujo y caricaturización que está por cierto muy cerca de los dibujos de Georg Grosz o de las comedias musicales de Brecht y Weil (no en balde hubo en el pueblo Pochote, cerca de Orizaba, un campo de concentración de alemanes en los albores de la Segunda Guerra) no sabría sostenerse si el narrador de Pitol no tuviese y no hiciese sentir al lector piedad y misericordia por esa mierda, por esas caricaturas humanas que nos hacen reír en sus novelas, si no fuese capaz de hacernos sentir que deben de ser miradas dos veces y ser tratadas con respeto en la medida en que han sido ennoblecidas y salvadas —esa es la palabra— resucitadas con su paisaje y su circunstancia por un arte —el de Pitol— no exento de la mayor dignidad precisamente en la medida en que nos hace reír pero también compadecer la miseria, la mierda. Éste es el proceso mágico por el cual la doncella al dar un beso al sapo lo desencanta, el proceso que arranca a la escoria de las manos del demonio y logra restituirle su carácter de alimento y de soplo fecundante, para invocar a aquel Constantino Profirogeneta evocado por la inolvidable Marietta Karapetiz, la turca apocalíptica. Así en la sátira de Sergio Pitol reconocemos un gesto de piedad para nuestras almas muertas. □



Woman (Keene  
(as I imagine I look)  
1" + 12 1/2" x - 1/2"

Donald Keene